

DOI: 10.2436/20.8050.02.27

Arturo Taracena Arriola (ed.), *La primera guerra federal centroamericana, 1826-1829. Nación y estados, republicanismo y violencia*. Guatemala, Editorial Cara Parens de la Universidad Rafael Landívar, 2015, 230 pp.

Como es sabido, en el Reino de Guatemala, luego bautizado Centroamérica, las guerras no trajeron la independencia, sino que, al revés, la emancipación política trajo las guerras. Precisamente, este libro aborda el estudio de la primera de estas guerras, desencadenada un lustro después de la independencia de España, en 1821. Reúne seis trabajos escritos en su mayoría por jóvenes historiadores, acompañados de una presentación del editor, reconocido historiador guatemalteco residente en Mérida, Yucatán. El interés de la obra radica en que todos los artículos abordan el mismo tema con un enfoque similar y con una problemática parecida, pero desde lugares distintos, es decir, los principales países protagonistas de esta guerra.

Estos estudios se proponen dejar atrás la historia militar convencional para intentar hacer una historia política diferente apoyada en la historia social y económica e inspirada en los debates actuales sobre la formación de los estados y la invención de las naciones en la época contemporánea. Los distintos autores tienen como preocupación principal indagar sobre las razones de la imposibilidad para que se construyese un Estado en el conjunto del territorio del que fuese el antiguo Reino de Guatemala. Esta guerra fue causa y consecuencia de dicha imposibilidad y también fue punto de partida del proceso que condujo al surgimiento de cinco estados y cinco naciones en este espacio. Los límites que en dichos procesos de construcción e invención mostraron los países centroamericanos también estuvieron condicionados por el desarrollo y el desenlace de esta guerra. Por tanto, no hay duda que esta coyuntura político-militar fue determinante en la historia centroamericana del siglo XIX.

La guerra tuvo su desarrollo específico y sus efectos diferenciados según los distintos países y así lo ponen de manifiesto estos trabajos. De este modo, desde Guatemala como puesto de observación, Luis Pedro Taracena en su artículo «¿Guerra estatal o guerra de ciudades? Movilización militar, recaudación y discurso político, 1826-1829», Arturo Taracena en su estudio «La mirada de tres actores guatemaltecos sobre la guerra federal de 1826 a 1829: Montúfar y Coronado, Córdoba y García Granados. Reflexiones metodológicas sobre un conflicto armado» y Juan Carlos Sarazúa en su trabajo «Recolectar, gastar y reclutar en tiempos de guerra: finanzas públicas y servicio militar indígena en Guatema-

la durante la guerra federal de 1826 a 1829», tratan de reconstruir la lógica de desarrollo de la guerra en términos militares y en el contexto de sus alcances económicos y sociales.

En el origen del conflicto se encuentra lo que Luis Pedro Taracena llama una concepción unanimita de la política según la cual el bando propio es el que encarna el interés general mientras que el contrario es una facción carente de toda legitimidad. El conflicto opuso a dos estados, Guatemala y El Salvador, con el apoyo de Honduras y Nicaragua, a dos ideas sobre cómo construir el Estado en Centroamérica, centralistas versus federalistas, y se disputó desde ciudades por su ocupación y control, como subraya Luis Pedro Taracena. Ambos bandos tenían una forma similar de hacer la guerra basada en la improvisación en el plano militar, cuestión enfatizada por Arturo Taracena, y en la exacción en términos fiscales y económicos, como bien se constata en el trabajo de Juan Carlos Sarazúa. Tal forma de hacer la guerra dice mucho sobre los niveles de estatidad, según la expresión de Ozslak, alcanzados por los contendientes. No es casual que en ella hayan jugado un papel clave las municipalidades, entidades que habían adquirido protagonismo desde el proceso constitucional gaditano y después de la independencia. También la lógica de la guerra provocó que los indígenas fuesen utilizados por primera vez en la historia como soldados o como auxiliares en los combates, cuestión en la que insisten estos tres autores. La violencia, consustancial con la guerra, fue también requisito para su preparación, ya que el reclutamiento de los combatientes fue realizado principalmente contra su voluntad, del mismo modo que los empréstitos forzosos fueron el recurso más utilizado para financiarla.

El estudio de Clara Pérez Fabregat «Apuntes socioeconómicos sobre la guerra federal de 1826 a 1829: la experiencia salvadoreña en clave regional» analiza el desarrollo de la guerra desde la óptica de El Salvador, teatro de los principales combates y de donde se movilizó la mayor parte de los recursos, ya que distintas regiones de este país participaron en cada uno de los bandos en lucha. La autora intenta situar la guerra en el contexto de lo que acontecía en todo el espacio centroamericano, tanto en términos militares en Nicaragua como en términos políticos en Guatemala. La lógica del desarrollo de la guerra en El Salvador fue similar al caso guatemalteco en la medida en que el expolio de bienes y metálico y la leva forzosa fueron su fundamento. Para la autora, es necesario singularizar el desempeño de San Miguel, región en el oriente de país, en el esfuerzo de guerra. Este conflicto militar abonó el camino en la construcción de un sentido de pertenencia salvadoreño o, como dice Arturo Taracena, la guerra contribuyó a la aparición de sentimientos protonacionales.

Los trabajos de Pablo Rodríguez «“Aislada y en absoluta orfandad”, Costa Rica y la guerra civil centroamericana (1826-1829)» y Esteban Corella «Al servicio de la Federación: el batallón ligero de Costa Rica en la guerra civil federal, 1826-1827» se ocupan del caso de un país que no fue escenario de la guerra, pero que tuvo participación en ella y experimentó sus efectos. Efectivamente, el Estado de Costa Rica, como miembro de la Federación, envió doscientos hombres a combatir al lado de las fuerzas del gobierno federal, es decir, de las fuerzas guatemaltecas. Esta experiencia fue clave para mostrar el lugar peculiar de Costa Rica en la dinámica política centroamericana y su voluntad ya en

ciernes de construirse como entidad política original en el espacio del istmo y como comunidad consciente de sus particularidades, lo cual desembocará en las décadas posteriores en lo que he llamado la invención de la diferencia costarricense. Esta utilización discursiva de la guerra es lo que intenta abordar Pablo Rodríguez en su trabajo. De igual modo, Esteban Corella muestra que el batallón costarricense que se sumó a las fuerzas del gobierno federal se comportó como fuerza del Estado de Costa Rica antes que como componente del ejército federal. Así, también en la lejana Costa Rica la guerra contribuyó al surgimiento de una identidad protonacional.

En suma, este libro es una llamada de atención sobre una etapa de la historia centroamericana olvidada por las memorias oficiales y desatendida por las historiografías, como oportunamente recuerda Luis Pedro Taracena. El señalamiento es bienvenido porque sus trabajos muestran que esta guerra puede ser vista como un laboratorio en el cual es posible observar tanto el fracaso de un proceso de construcción estatal y de invención nacional como el punto de partida de otros procesos similares que culminaron a fines del siglo XIX con la aparición de los estados nacionales centroamericanos que hoy conocemos, salvo Belice y Panamá. Además, según la adecuada formulación de Clara Pérez Fabregat, «la guerra fue el crisol del caudillismo centroamericano». En la medida en que son prometedoras aproximaciones al tema y en la medida en que no incluyen los casos de Honduras y Nicaragua, estos trabajos se nos presentan como una invitación para emprender investigaciones de mayor aliento sobre este primer decenio de la historia independiente del istmo, durante el cual nació y murió la República Federal Centroamericana.

Víctor H. Acuña Ortega
Universidad de Costa Rica